

TESTIMONIOS DE UNA VIAJERA

María Celia Vázquez
Universidad Nacional del Sur

Desde muy temprano los viajes signan la biografía de Victoria Ocampo. Es sólo una niña de “cerca de seis años” (Ocampo 1980, 70) cuando se embarca junto a su familia por primera vez hacia Europa y recorre París, Roma, Niza, Ginebra, Londres. Esta travesía infantil adquiere el valor iniciático del primer viaje. Los recuerdos proyectan la marca de la infancia en imágenes tan fragmentarias como intensas: París, en unas cerezas enormes casi negras o en los juegos en el jardín con los renacuajos; Roma, en el adorno en forma de pera de la cama. Las escenas fragmentarias del viaje infantil incluyen las escenas de las primeras lecturas: Victoria Ocampo aprende a leer en Francia y en francés con Mademoiselle Guérin, su institutriz francesa. Si la tela de la que están hechos nuestros sueños es la de nuestra infancia¹, las lenguas aprendidas en la niñez traman un vínculo de una intensidad afectiva comparable sólo al de la lengua materna. “Victoria Ocampo ofrece la verdadera, definitiva, prueba de interioridad: ‘Sabía recordar en dos lenguas que pronto fueron tres’. Sé recuerda, se usan los números y se sueña sólo en la lengua materna.”, enfatiza Beatriz Sarlo (1988, 120).

El segundo viaje ocurre en 1908 cuando Victoria Ocampo es ya una lectora voraz y omnívora convertida en adolescente. La residencia en París constituye un capítulo “innovador” en la novela de aprendizaje de la mayor de las Ocampo. Ella, que “llegaba de Buenos Aires, es decir de Chopin, de Wagner, de Schumann” (Ocampo 1980^a, 67), continúa con las lecciones de canto y recitado que había iniciado en su patria pero descubre y se fascina con Fauré, Duparc, Hahn, Debussy. Sigue cursos de literatura y filosofía en el *Collège de France* y en la *Sorbonne*. Sin embargo, este impulso innovador se ve fuertemente limitado por una serie de prohibiciones y controles familiares. La censura familiar acota la voracidad lectora y anula las posibilidades de ser actriz. “Se trata de los límites que la ignorancia distinguida de la oligarquía le puso a su infancia y adolescencia” (Sarlo 1998, 95). Victoria Ocampo pertenece a una familia de esa clase terrateniente argentina que todavía era posible a fines del siglo pasado y a principios de éste. Refinados,

¹Parafraseamos a Victoria Ocampo: “Le repetí lo que todos los ingleses saben desde que un inglés lo descubrió. que estamos hechos de la misma tela de nuestros sueños. Y agregué que la tela de nuestros sueños es la de nuestra infancia”, en “Historia de mi amistad con los libros ingleses”, conferencia pronunciada durante la Exposición de libros británicos en los salones de la Asociación de Amigos del Arte, Buenos Aires, Asociación Argentina de Cultura Inglesa, 1940; s/p.

cultos y buenos criollos participaban en el trabajo de campo y se hacían los trajes en París. “Los ricos argentinos, su familia (a la que adora y ofrenda varios sacrificios sentimentales), son indiferentes u hostiles respecto de una cultura que ella desea, incluso antes de saber de qué se trata. Le dan en cambio, el don de las lenguas extranjeras, el gusto por la música y algunos centenares de versos franceses o ingleses” (Idem).

Si la escena de una niña sudamericana, argentina, descifrando sus primeras lecturas en francés en el cuarto de un lujoso hotel parisino podría ser la postal del primer viaje, en otra escena de lectura, o mejor en la de su prohibición, la irrupción de la violencia que la lleva a ejercer un acto simbólico arrojando las medias por la ventana de otro elegante hotel parisino, representa el conflicto abierto entre ella y sus padres, para decirlo más claramente, entre ella y los prejuicios de su clase durante la adolescencia. En el volumen segundo de la *Autobiografía*, Victoria Ocampo lamenta retrospectivamente su suerte pero en tiempo de revancha: “[en la adolescencia] no tuve la fortuna de conocer a gentes de oficio o interesados por los libros, sino con cuentagotas. Cierto que me he desquitado después, en demasía” (Ocampo 1980^a, 12).

El desquite de algún modo comienza en el tercer viaje. En 1913, viaja a Europa casada. Es su viaje de bodas. En varios sentidos este viaje representa el pasaje, un punto de inflexión respecto de los anteriores regidos por las normas de la oligarquía. “La vida nueva que llevábamos en París, con libertad para asistir a espectáculos prohibidos dos meses antes (teatros, ballets rusos, etc.) me divertía. Durante mi larga estadía anterior en esa ciudad que adoraba, sólo me había permitido ir a las *matinées* clásicas de la *Comédie Française* (Racine, Corneille, Molière). Ahora leía lo que se me antojaba (sin peleas)” (Ocampo 1982, 12). Por esos días para ella París es una fiesta: el matrimonio le ha creado las condiciones de posibilidad de la expansión más allá de los límites impuestos por los prejuicios familiares, pero a la vez comienza a desplegar el más temible de los páramos afectivos; el matrimonio es menos la consagración del amor que la posibilidad de la liberación para esta mujer joven a quien su obsesión por la situación femenina la lleva a leer en el espectro de una mujer enjaulada el fundamento de la desmesurada intensidad tan violenta, tan tumultuosa, tan arisca de las cumbres borrascosas. “La veo en la jaula del presbiterio de Haworth dando vueltas en torno a la mesa del comedor, como un joven animal; la veo en una época que fue para ella otra jaula: la jaula victoriana; la veo en el páramo, ese inmensa jaula en que podía por lo menos respirar y correr; la veo, por fin, en esa jaula infinita que es la soledad de un espíritu eternamente replegado sobre sí mismo” (Ocampo 1938, 51). Por supuesto, se refiere a Emily Brontë.

La tercera postal podría ser la escena que muestra a la Ocampo super elegante, emocionada y eufórica en el estreno de *La consagración de la primavera* de Igor Stravinsky; sacudida por “esa galimatías de notas y en ese ritmo brutal de cataclismo” (Ocampo, 1982, 21), acompañada por su

marido y por el primo de éste, su futuro amante. Si este viaje a Europa importa es como *pasaje*: Victoria Ocampo comienza un recorrido que nunca va a desandar, el de los contactos con la cultura que le interesa y el de la experimentación con los límites de su condición de género.

A modo de síntesis, entonces, desde muy temprano los viajes signan la biografía de Victoria Ocampo. No sólo porque representan una constante —cuya repetición remite a una condición de clase, como señala David Viñas²—, sino y fundamentalmente porque *en y a través de* los viajes se despliegan las diversas zonas con las que entra en contacto la construcción de la identidad y la subjetividad.

Viajera dentro de su propia historia, Ocampo relata la vida como un escarpado viaje y la autobiografía de sus viajes está escandida por el punto de inflexión que representa el abandono de la figuración del viaje infantil a Europa (cuyo orden simbólico corresponde al viaje de la oligarquía). Este desplazamiento del orden simbólico familiar implica también un corrimiento hacia los límites de la condición del género, movilidad que atañe a la construcción de un sujeto en contra del mundo establecido, de los límites impuestos para una mujer de su clase. Abierto durante la adolescencia, el conflicto entre los prejuicios familiares y los deseos de ella —aunque a veces se atempera— no se cierra jamás. Contra pero siempre dentro de ese dominio, Victoria Ocampo se desplaza proyectando el suyo propio. Los límites familiares son como una muralla que cercan el territorio que ella elige no traspasar. Dentro de este territorio familiar y conocido, lo que hace es trabajar sus límites, es decir, trabajar un nombre que fulgure en la aristocracia de la inteligencia y no en la de la renta, pero siempre en la aristocracia. Trabajar los límites del dominio familiar para construir el propio es tensar, extremar, poner al límite ciertos dones típicos de su clase. Mientras las ejecuciones en el piano, la sensibilidad por la música, la escritura de versos en francés adornan como una medialuna de brillantes a las mujeres patricias, para Victoria Ocampo se convierten en las actividades esenciales y constitutivas de la vida.

La hermana mayor de las Ocampo se propone la construcción de un nombre literario que resuene por sí mismo aunque en él no se silencien del todo los ecos patricios del apellido. Ella sabe³ cuánto les ha costado a las mujeres

²“La continuidad y los orígenes del viaje se dan de privilegio a privilegio. Ir a Europa es un privilegio originado en otro privilegio” (Viñas 1995, 18).

³Victoria Ocampo nos recuerda esta situación en la época victoriana en relación a las hermanas Brontë. “Charlotte, después de haber digerido la carta de Southey —que no le pareció tan mal como nos parece ahora a nosotros—, escribió otra a Wordsworth. Pero la experiencia la había aleccionado. Esta vez firma con iniciales sin sexo. Imposible luchar de otro modo contra el prejuicio del sexo; al menos por el momento, piensa Charlotte.” (Ocampo 1938, 27).

ganarse el derecho al nombre propio y a la firma de la escritura a través de la historia. Sabe de la artimaña de las iniciales asexuadas y de la necesidad de adoptar el nombre del otro, el masculino. Reconoce estas tretas que logran burlar los prejuicios sexistas vinculados con la literatura. Por eso quiere ejercer esa conquista que es el derecho al nombre literario como mujer. “Mi única ambición es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero como mujer (...) Pues entiendo que una mujer no puede aliviarse de sus sentimientos y pensamientos en un estilo masculino, del mismo modo que no puede hablar con voz de hombre” (Ocampo 1982^a, 104), le escribe a Virginia Woolf.

Escribir como una mujer es el propósito que su obra cumple. “Y entonces [la obra] construye paso a paso, en la escritura de la ‘vida’ del personaje Victoria Ocampo, un modelo de mujer que sea a la vez la portadora de esa voz de mujer que deberían imitar las escrituras de las mujeres por venir”, como señala Adriana Astutti (1996) para subrayar que Ocampo desambigua el sentido del sintagma “una mujer” poniendo todo el énfasis en el carácter individual y descartando la posible connotación de “cualquier mujer”. La escritura es para ella el lugar donde volcar el yo hasta agotarlo, donde reflejar su yo y afirmarlo. Recordemos a Blanchot (1992, 22) cuando dice: “Tal vez sea sorprendente que a partir del momento en que la obra se convierte en búsqueda del arte, en literatura, el escritor siente cada vez más la necesidad de conservar una relación consigo. Siente una extrema repugnancia a desprenderse de sí mismo en beneficio de ese poder neutro sin forma y sin destino que está detrás de todo lo que se escribe, repugnancia y aprehensión que revela la preocupación, propia de tantos autores, por redactar lo que llaman su *Diario*.” La extrema repugnancia a desprenderse de sí mismo aparece subrayada en la obra de Victoria Ocampo que sólo incluye *autobiografías y testimonios*. Recordemos cómo se lamenta en una carta a Delfina Bunge: “Pero no conseguiré hacer nada en el campo de la novela. Jamás podré crear un personaje. Lo llevaría a la rastra y eso no sirve. Y todos mis personajes serían yo disfrazada” (1980^a, 85). Refractaria a cualquier deseo de impersonalidad, Victoria se construye como un personaje que habla en primera persona y se exhibe no sólo a través de los seis tomos de la *Autobiografía* y los diez de *Testimonios* sino también en una colección de fotos y retratos de artistas famosos que “la muestran espléndida, altiva, lujosa o austera como una reina, exponiendo su cara y su cuerpo como se expone una obra digna de ser apreciada por los otros” (Heker 1998, 193). La fuerte voluntad de afirmación del yo hace que Victoria Ocampo y su obra se recuesten en la individualidad del nombre conquistado. A su vez en el nombre conquistado se recuesta la pasión por el protagonismo. Tal vez en ese afán de individualidad y de protagonismo se proyecte la sombra de la condición de primogénita, de hermana mayor, condición que modela una sensibilidad vinculada con el poder que da el hecho de ser la primogénita absoluta en una familia con seis hijas mujeres.

En la narración de la vida y la construcción como personaje de esta mujer, el relato de los viajes ocupa un lugar central y significativo, igual que en sus recuerdos. En varios sentidos, se puede pensar que Victoria Ocampo se construye como una viajera. Una mujer de mundo y con mundo. Mientras en los volúmenes de la *Autobiografía* los viajes se registran desde y a través de los “detalles” del ámbito de la vida privada (la ropa, los arreglos de cosmética, las comidas), en los *Testimonios*, más enfocados hacia una dimensión pública, los viajes aparecen como citas. Usamos la palabra *cita* con un doble sentido: como la hora y el lugar en que conviene encontrarse dos personas y como la referencia de un pasaje textual producido por otro. En los *Testimonios* los viajes aparecen como el escenario móvil en el que tienen lugar las citas con los referentes del mundo cultural de la época. Los testimonios de sus viajes por el mundo enhebran infinitas entrevistas con diversos personajes del medio artístico e intelectual. Como una coleccionista, Victoria Ocampo acopia referentes y referencias y los cita en sus escritos: Virginia Woolf, Drieu La Rochelle, Roger Caillois, Waldo Frank, Stravinsky, Ansermet, Le Corbusier, entre muchísimos más. Estos nombres funcionan como andamios para la construcción del personaje Victoria Ocampo. En la autobiografía, son “los puntos de apoyo” a los que recurre como instancias de legitimación. Estas citas son de autoridad. Como lo son las otras, las literarias, que surcan y proliferan toda la obra confirmando o mejor reafirmando el canon y la literatura consagrada.

Viajera privilegiada, Victoria Ocampo experimenta el mundo (para ser más precisa, Europa y, en segundo término, Estados Unidos) anudando zonas de contacto entre su condición de mujer sudamericana y la cultura europea. El orgullo del árbol genealógico diseñado en el primer volumen de la *Autobiografía* se liga al orgullo de la estirpe de los viajeros en los testimonios ya que con su “ir a Europa” se integra a un linaje de larga prosapia en la cultura argentina, que comienza en el siglo XIX y en el que resuenan nombres como el de Sarmiento, Eduarda Mansilla, Ricardo Güiraldes, Julio Cortázar.

El contacto con Europa es una condición esencial y constitutiva de la cultura argentina. Problematizar los modos de esta relación ha sido desde siempre un cometido de la crítica literaria local que ha recurrido a diversos ideologemas: dependencia y alienación, mezcla, contaminación. Pensamos “el viaje a Europa” de Victoria Ocampo como el agenciamiento de un espacio de negociación entre lo local y lo extranjero cuyo sistema de intercambio está regulado por la lógica de las operaciones de importación/exportación. Los modos en que se resuelve esta relación conciernen a la figuración de Ocampo como una intelectual periférica

En este espacio de negociación la hospitalidad ejercida por Ocampo es moneda corriente. Por decirlo con palabras de Borges (1999, 327): “La vida de Victoria Ocampo es un ejemplo, un ejemplo de hospitalidad. Esta hospitalidad la llevó a recibir tantas culturas, tantos países a través de su memo-

ria llena de versos en distintos idiomas.” La hospitalidad adquiere valor de cambio, *vale* como una moneda, es decir, como una forma de pago: Victoria ofrece lo que tiene para acceder a lo que le falta. Lo que tiene: sus casas, su dinero, su revista, sus influencias en el mundo político y de la cultura nacionales para organizar conciertos, conferencias, etc.; lo que le falta: la otra cultura, que —para ella— casi equivale a decir “la cultura”. La hospitalidad deviene el instrumento, el medio para la reparación de una falta, de una carencia. Victoria Ocampo en tanto mujer/escritora/ intelectual sudamericana experimenta y padece la carencia, la falta de lo otro, que según su esquema es lo más valioso, lo superlativo y se relaciona con ello en estos términos. La carencia se manifiesta en ella a través de la sensación de un hambre voraz que la lleva a devorarse todo lo que hay en el festín de la cultura del siglo XX: “Todos los artículos reunidos en este volumen (al igual que los de él excluidos) —se refiere a la segunda serie de los *Testimonios*— escalonados a lo largo de varios años, tienen en común entre sí que fueron escritos bajo ese signo. Son una serie de testimonios de mi hambre. ¡De mi hambre tan auténticamente americana! Pues en Europa, como le decía a Usted hace unos días, parece que se tiene todo, menos hambre.” (Ocampo 1982^a, 102). En esta carencia se acopla otra, efecto de la sensación de inferioridad que la “marca”, en el sentido más despectivo del término y la lleva a colocarse en una relación de subordinación con respecto a los otros, escritores e intelectuales consagrados en Europa: “Por más que yo fuera *una sudamericana* sin la menor importancia en el mundo de la crítica literaria, y él el autor ya célebre de una novela de gran calidad y de gran venta, nunca le agrada a un autor (... ¡si lo sabré!) que se comente sus obras con reticencias” (Ocampo 1967, 127). Esta subordinación hace que esté demasiado pendiente de lo que pasa allá a la vez que aspire a *ser desde Europa*: una escritora argentina se valida, si es prologada o publicada en Europa. Ortega y Gasset escribe el epílogo de su libro sobre Dante, *De Francesca a Beatrice*. Como lo señala Beatriz Sarlo (1988, 93), Victoria Ocampo “pone su primer intento en manos de su primera amistad internacional. Es más, consagra el libro haciéndolo editar por Revista de Occidente”.

Con cierta frecuencia, la inferioridad se manifiesta como timidez, corteidad de palabras. Sylvia Molloy (1996, 99) acierta cuando dice que “en vida, Ocampo solía compensar esta falta de elocuencia con gestos, que eran en general magníficos y a menudo avasalladores.” Entonces el don de la hospitalidad se metamorfosea en el don de regalar y a veces esos regalos agencian la exportación. Las transacciones de importación/exportación están movidas por un mismo impulso: la reparación de una falta, de una carencia que es constitutiva para una escritora/intelectual sudamericana. La importación permite reparar los baches del capital simbólico: importando libros, citas, autores, músicos se puede saciar el hambre pero también ganarse un reconocimiento, es decir, un nombre: “Dentro de otra esfera, en condiciones muy diferentes, yo también he tratado de negociar un reconocimiento. Tal

vez habré fracasado, como fracasó don Manuel Hermenegildo en su misión diplomática (no en la otra). Pero como él y con él puedo repetir: no pido una limosna sino un acto de justicia. Y como don Manuel Hermenegildo se trajo de Norteamérica el *Horacio* y el *Curcio*, y armas que le costaron tantos dolores de cabeza, yo soñé con traer otros veleros, otras armas, para otras conquistas." (Ocampo 1980, 14-5).

El predominio de la operación de importación es tan previsible como significativo no sólo porque subraya el don de la hospitalidad que singulariza a Ocampo y en cuyos pliegues se inscriben los conflictos del mecenazgo moderno, sino también porque en él se proyecta la sombra de subalternidad y carencia de la cultura que recibe. Sombra que crece y se agudiza en el dominio de las exportaciones. Hay un episodio al que Victoria Ocampo vuelve en distintas ocasiones con marcada insistencia a través de versiones más o menos idénticas. Es el "episodio de las mariposas" y se refiere al regalo que le hace a Virginia Woolf. En 1934, Victoria Ocampo conoce a Virginia Woolf en una exposición de fotografías de Man Ray en Londres. Son presentadas por Aldous Huxley. Desde entonces y hasta el suicidio de Woolf cultivan una relación con esporádicos encuentros y correspondencia. Desde su comienzo el intercambio entre estas dos mujeres "nacidas en medios y climas distintos, anglosajona la una, la otra latina y de América", está marcado por la experiencia de la desigualdad: "la una adosada a una formidable tradición y la otra adosada al vacío" (Ocampo, 1982^a, 101-2). La inscripción de las huellas de esta desigualdad se registra en las distintas actitudes que cada una mantiene ante la otra, según la versión de Victoria Ocampo en "Reencuentro con Virginia Woolf" (1979, 41): "Yo la miré con admiración. Ella me miró con curiosidad. Tanta curiosidad por una parte y, admiración por otra, que en seguida me invitó a su casa". Admiración y curiosidad: en la de/gradación axiológica que se juega, que se pone en juego entre ambos términos se inscribe la diferencia, se produce la diferenciación que también se plantea bajo la forma "riqueza/pobreza". En otro pasaje de la carta a Virginia Woolf, Ocampo (1982^a, 102) escribe: "es la más rica la que saldrá enriquecida por el encuentro. La más rica habrá inmediatamente recogido su cosecha de imágenes. La más pobre no habrá encontrado la llave del tesoro. Todo es pobreza en los pobres y riqueza en los ricos." Pobre, rica de su pobreza, es decir de su hambre, Victoria Ocampo se devora las palabras, la obra y casi hasta la persona misma de Virginia Woolf. Siente tanta atracción por el talento de esta mujer ilustre que no puede resistirse a la práctica del saqueo: del tiempo, del trabajo, del descanso. "...Les estoy confesando que yo no podía, sin esfuerzo, irme de su lado. Las horas que yo robaba a su trabajo, a su soñar, a no sé quién, a no sé qué, me llenaba de remordimientos. Pero seguía robando." (Ocampo 1941, 82). Roba lo que no tiene para saciar su hambre esta sudamericana que viene desde tan lejos. La distancia dibuja un mapa con dos mundos tan distantes, tan distintos, como dice Virginia Woolf en ocasión del regalo "típico" de las mariposas; la distancia es

vivida como subalternidad por Victoria Ocampo. “Todos o casi todos los testigos de Virginia eran ingleses, menos yo, que llegaba de tan lejos para asomarme a la vida de esta inglesa arisca y frágil.” (Ocampo, 1979, 41).

“La distancia/diferencia que hay entre dos mundos” es uno de los temas de conversación más frecuentado entre estas dos mujeres. Virginia Woolf construye una imagen fantasmagórica de Sudamérica. “Cada vez que salgo a la calle fabrico otro cuadro de Sudamérica ... hace siempre un calor sofocante y veo una mariposa nocturna posada sobre una flor de plata. Y todo esto en pleno día.” (Ocampo 1941, 43). Entre divertida y lejana (“qué remota y hundida en el tiempo y el espacio la siento, allá lejos”), le propone un juego literario en el que se juegan las diferencias entre estos dos mundos y estas dos mujeres. Es el juego del exotismo y consiste en que Woolf fantasea imágenes exóticas de Sudamérica, Argentina, Buenos Aires en las que resuenan otras y Ocampo la consiente. Es sabido que los primeros viajeros ingleses registraron sus impresiones de “la pampa semejante al océano” (Prieto 1996, 76); los campos llanos como la superficie de un mar en calma; es sabido que Darwin alude a “la existencia de un caballo americano extinguido, misteriosamente, siglos antes de la llegada de los españoles” (Idem, 79), y también a “una extraña invasión de mariposas que presencié a 10 millas de la Bahía de San Blas.” (Ocampo 1979, 42). Es sabido que desde los primeros viajes los ingleses se fascinaron con el modo de crisparse que tiene la naturaleza en esta parte del mundo y con la fuerza que adquiere en esta suerte de Arcadia natural, más o menos vaciada de civilización.

Divertida imaginando o recordando entrañables lecturas, Virginia Woolf pone en marcha su juego y la más débil concede. “Me hablaba en sus cartas de nuestras inmensas llanuras de un verde azulado... Han de ser impresionantes, como el ganado salvaje decía. Y yo pensaba al leerla: ¡Santo Dios! Con el trabajo que les ha costado a nuestros estancieros criar vacas, toros caballos, carneros dignos de figurar junto a los mejores de Inglaterra (de donde muchos provienen) *Pero si te divierte imaginar las cosas así, Virginia, no me opongo.*” (Ocampo 1979, 43). En efecto, Victoria Ocampo no se opone, acepta jugar al juego del exotismo con Virginia Woolf y en calidad de *cómplice*, no de oponente. Como ella, divertida⁴ y tal vez también recordando entrañables lecturas, juega a ser la habitante de una país con “ganado salvaje, hierbas verde azulado de la pampa, mariposas revoloteando en el aire”. En el colmo de esta complicidad Ocampo le regala una caja llena de “las más delirantes mariposas: azules, verdes, rojas, amarillas, marrones con preciosas pintas de otros colores, o rayadas como tigres de Bengala y cebras. Todas aquellas alas habían conocido cielos americanos; el de la cuenca del Amazonas, los del Perú y Colombia, los de Venezuela y Bolivia y hasta el de

⁴ “La idea fantasmagórica que tenía de la Argentina me divertía muchísimo y nos hemos reído juntas de ella.” (Ocampo 1979, 95).

mi San Isidro.” (Ocampo, 1982^a, 95). Este increíble regalo adquiere un valor casi emblemático si lo pensamos como un gesto de exportación en el que se sellan subalternidad y exotismo de un modo espectacular. Algunas veces como ésta, Ocampo sobreactúa la mirada que de ella tienen los otros y se siente “una sombra lejana en un país exótico creado por su fantasía” (Idem, 98). Otras veces, el exotismo se contamina con la familiaridad al modo de un sistema de vasos comunicantes que se traducen mutuamente para esta incansable viajera que reconoce los exóticos *sequoias* en el bosque de Yosemite y segura se pregunta (Ocampo 1967, 32) : “¿Cómo no iba yo a reconocer un árbol que había crecido junto conmigo en una quinta de San Isidro... entre dos ombúes cuyos troncos acogedores sirven para toda clase de juegos y alpinismos infantiles?”

Referencias bibliográficas

- Astutti, Adriana (1996): “Escribir como (cómo) una mujer: Victoria y Silvina Ocampo”, en *Mora* n° 5, en prensa.
- Blanchot, Maurice (1992): *El espacio literario*, Barcelona, Paidós.
- Borges, Jorge Luis (1999): “Homenaje a Victoria Ocampo. Discurso pronunciado en la sede central de la Unesco el 15 de mayo de 1979”, en *En Sur (1931-1980)*, Buenos Aires, Emecé.
- Hecker, Liliana (1998): “Silvina Ocampo y Victoria Ocampo: la hermana pequeña y la hermana mayor”, en AA. VV.: *Mujeres argentinas*. Buenos Aires, Alfagurara.
- Molloy, Sylvia (1996): “Cuerpo y libro en Victoria Ocampo”, en *Acto de presencia; la escritura autobiográfica en Hispanoamérica* México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Ocampo, Victoria (1938): *Emily Brontë (Terra incógnita)*. Buenos Aires, Ediciones Sur.
- Ocampo, Victoria (1941): *Testimonios, Segunda Serie*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1967): *Testimonios, séptima serie 1962-7*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1979): *Testimonios, Novena serie 1971/1974*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1980): *Autobiografía I, El archipiélago*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1980^a): *Autobiografía II, El imperio insular*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1982): *Autobiografía III. La rama de Salzburgo*. Buenos Aires, Sur.
- Ocampo, Victoria (1982^a): *Virginia Woolf en su Diario*. Buenos Aires, Sur.

- Sarlo, Beatriz (1998): "Victoria Ocampo o el amor de la cita", en *La máquina cultural, maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Sarlo, Beatriz (1988): *Una modernidad periférica. Buenos Aires: 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Prieto, Adolfo (1996): *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina; 1820-1850*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Viñas, David (1995): *Literatura argentina y política; de los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires, Sudamericana.